

torio, ha querido continuar su trabajo, y ha dado otros diez y seis volúmenes para servir de continuacion á los veinte del primer historiador. El menor defecto de este continuador es el ser prolijo en exceso: él ha querido amontonarlo todo, la historia política y civil, como la historia de la Iglesia; no ha resultado otra cosa de esta miscelanea que una compilacion informe y fatigante al lector. Fabre ha hecho diez y seis volúmenes para ciento y ochenta años, mientras que Fleuri solo habia dado veinte para mil y cuatrocientos años. Se le prohibió continuar á causa de las preocupaciones que le dominaban, y que empezaba á esparcir en su obra al paso que se acercaba á los últimos tiempos.

— El 11 de octubre, al padre Bucharelli, misionero jesuita, le cortan la cabeza en Tong-King. El Tong-King es como se sabe un reino colocado entre la China y la Cochinchina. Allí habia sido predicada la fe desde 1627; y en medio de una alternativa de persecuciones y de paz no habia dejado de hacer grandes progresos. Dícese que se contaban hasta doscientos mil cristianos conducidos por diferentes eclesiásticos y religiosos, cuando en 1696 y en seguida en 1712 dos edictos detuvieron un poco estos progresos, y obligaron á los misioneros á ocultarse, ó á salir del pais. En 1721 volvió la persecucion á empezarse con mas fuerza: los sacerdotes fueron perseguidos: dos jesuitas (los padres Menaré y Bucharelli) fueron arrestados: el primero murió en su carcel: al segundo le cortaron la ca-

beza el 11 de octubre con nueve Tong-Kineses cristianos, que le servian de catequistas: mas de otros ciento y cincuenta fieles fueron condenados á una especie de esclavitud. Sin embargo parece que el resto de los cristianos se mantuvo firme y conservó la fe en medio de los peligros y de los malos tratamientos.

— El 25 de diciembre, muerte del duque de Orleans, regente de Francia. Ya hemos hablado del caracter de este príncipe y de los vicios de su administracion. Hizo en el seno de su nacion profunda llagas, y dió el ejemplo de una escandalosa inmoralidad y debilitó la autoridad por medio de grandes faltas. Su gobierno forma una época tan funesta como caracterizada en la historia de Francia en el siglo XVIII. Recurrió para reparar la hacienda del Estado, á un sistema destructor, cuyo éxito hubiese sido un crimen y cuya caida fué una calamidad. Cálculos vergonzosos, una sed desenfrenada de dinero, la ruina de un gran número de familias, la súbita elevacion de pícaros astutos; tales fueron los siniestros efectos de un sistema tan inmoral, como insensato. En medio de un agiotage desconocido hasta entonces, se amaestraron muchos en colocar el oro sobre todo y en hacer poco caso de los medios para llegar á obtenerle. La licencia de las costumbres fué la consecuencia de este olvido de principios. Las sociedades familiares del Regente, hacian gala de un tono que no podia menos de agravar el mal. Erígiense trofeos donde

descollaban los escesos. Todo hasta el apodo de *enrodados* que tomaban los favoritos del príncipe, servia para manifestar la torpeza de su vida. Un historiador del Regente, que es por lo comun su panegirista, no ha podido abstenerse de decir que *sus vicios habian insultado la moral pública y reaccionado á los hombres de bien*. Mas mientras que los hombres debien se afligian por estos escándalos; los débiles ó corrompidos, animados con el ejemplo ni disimulaban siquiera sus mas vergonzosas inclinaciones. Propagábase el contagio de seguida. La ciudad, imitadora de la corte tomaba su lenguaje por espiritual, y las provincias, acostumbradas á recibir la ley de la metrópoli, se escandalizaban menos de un modo de vivir que habia de serles nuevo. La libertad de pensar corria parejas con la corrupcion. El Regente nó tenia una incredulidad decidida; pero la facilidad de su caracter y los desórdenes de su conducta favorecian la irreligion<sup>1</sup>. Sus *enrodados* se hacian lenguas de no respetar nada. El reducido número de incrédulos que pudiese entonces haber, y que medrosos hasta entonces y reservados en sus dudas temian darlas á

<sup>1</sup> El duque de Saint-Simon, aunque amigo y confidente del Regente, no hace de él con todo un retrato lisongero: *El príncipe*, dice, *era aficionado á malquistar las gentes con falsos testimonios. Esta fué una de sus principales ocupaciones, mientras fué regente; la cual descubierta le hizo odioso. Era inconsecuente en todo, tenia para todo una especie de insensibilidad; se vanagloriaba de saber engañar á todo el mundo, y de todo el mundo desconfiaba... Harto conocida es la licencia de sus comidas, obscenidades, impiedades y embriagueces.*

conocer, y blasonar de sentimientos repugnados por la opinion general; este reducido número, repetimos, abandonó ya toda precaucion en su conducta y discursos. Formóse, no todavía un partido irreligioso, pero círculos donde la religion no era nada respetada. Multiplicáronse los folletos y libelos. Considerable es la coleccion de piezas licenciosas ó satíricas publicadas en esta época. Buscábanse con avidéz las obras de Bayle. Mas quienes contribuyeron á estender y fortificar esta disposicion de algunos ánimos fueron sin duda Montesquieu y Voltaire. El primero publicó en 1721 las *Cartas persianas*, romance donde campean, dice un escritor imparcial, *esa temeridad de examen, esa inclinacion á la paradoja, ese libertinage de opinion, si es licito hablar así, que atestiguan á la vez la vivacidad y la imprudencia del genio*. Un estilo satírico, detalles licenciosos, chanzas que en apariencia se dirigian contra la religion musulmana, ataques todavía mas directos contra los dogmas del cristianismo, tal es el fondo de esta obra. *La descripcion de las costumbres orientales, reales, ó supuestas*, dice d'Alambert, *es un objeto subalterno de sus cartas. No sirve la tal descripcion, para decirlo así, sino como pretesto á una sátira fina de nuestras costumbres y á importantes materias que profundiza el autor, aun cuando parezca que solamente las desflora*. Pudiera uno admirarse, despues de esto, oyendo decir al mismo d'Alambert, que Montesquieu *no atacó sino abusos*. ¿No atacó sino abusos, el que dice que el

*Papa es un ídolo vetusto á quien se inciensa por hábito* (carta xxix); que cuando le acontece alguna desdicha á un Europeo, no tiene otro consuelo que la lectura de un filósofo llamado Seneca, al paso que los Asiáticos, mas sensatos que nosotros, toman brebages capaces de alegrar al hombre (carta xxxiii); que cuando Dios colocó á Adán en el paraíso terrestre, con la condicion de no comer cierto fruto, le impuso un precepto absurdo para un ser que conocer debia las determinaciones futuras de las almas (carta lix); que él no ha observado entre los Cristianos esa persuasión viva de la religion, que se halla entre los Mahometanos; que el Papa es un mágico, el cual está dando á creer que tres no forman mas que uno, que el pan no es pan, etc.? Raras veces deja el autor de aprovechar las ocasiones en que puede ridiculizar los misterios, los preceptos y las prácticas de su pais. Semejante obra por el celo que ofrecia á la malignidad y á la licencia, no podia menos de reportar los mas funestos resultados sobre lectores frívolos; teniendo un grave magistrado la gloria de hacer reir á espensas de lo que estaba mas respetado en su nacion. Es menester confesarlo, Montesquieu en este romance dista mucho de ser el escritor superior que se complace á rendir pleito homenaje al cristianismo. No ignoramos que se trata de escusarle diciendo que las *Cartas persianas* forman una obra de juventud, y que el autor recobra con el tiempo sentimientos y un lenguaje mas compatible con su edad, su profe-

sion y sus luces; pero la impresion ya estaba hecha. En una época de licencia las *Cartas persianas* estuvieron muy en boga. Una corte corrompida devoró la lectura de un escrito tan análogo á sus gustos. Los detractores del antiguo gobierno sonreian al escuchar la sátira del reinado de Luis XIV. Recibianse con avidez las chanzas sobre la religion, sobre sus ministros y sobre las disputas teológicas. Llegóse en fin á tratar ligeramente las cosas mas graves y con toda seriedad las mas frívolas. Elevábase á la sazón otro escritor que habia de ejercer grande influencia en el pais, y en el siglo. Arouet, mas conocido con el nombre de Voltaire, empezaba en esta época á darse á conocer; su nombre figurará frecuentemente en estas *Memorias*. Fueron sus primeros trabajos algunos cuentos libres que se han insertado en la coleccion de sus obras, donde se hallan á la par algunas cartas mitad prosa, mitad verso, escritas á hombres voluptuosos. Una entre todas hay que merece ser tomada en consideracion, por ofrecer el primer ejemplo de esas chanzas irreligiosas, con que tanto se distinguió Voltaire despues. Es la Epístola XI, del tomo XIII, dirigida á madama de G... fecha segun los editores de 1716 ó 1717. En esta epístola pregunta si un hombre instruido puede creer jamas en la quimérica historia de un Testamento doble. Añade el autor á esta señora, la cual acababa de consagrarse á la devocion, que es el placer el único objeto de los seres racionales; que solamente las necias beatas

deben pensar en la salvacion, y que la supersticion es la madre de la tristeza. Tal es el sentido de toda esta epístola que está en verso. Conócense los dos versos de Edipo contra los sacerdotes; versos que, sirviéndonos de la espresion de Condorcet, fueron el primer grito de una guerra que la misma muerte de Voltaire no ha podido sofocar. En fin compuso tambien Voltaire, bajo la regencia, la *Epístola á Urania*, ó el *Pro y el contra*. Esta pequeña pieza se escribió para madama de Rupelmonde, y contiene las objeciones de los incrédulos contra el cristianismo y libros santos. Dice en ella formalmente el autor: *Yo no soy nada cristiano*, y se limita á la religion natural. A la verdad no se publicó este escrito hasta mas tarde, pero Voltaire no hacia de él ningun misterio dejándolo circular manuscrito. *Cada rasgo de su conversacion*, dice M. Lacroix, *indicaba un impetuoso deseo de desdenar é insultar las creencias religiosas*. Acaso se fortificaba en estas disposiciones á la incredulidad por sus relaciones con el lord Bolingbroke, retirado entonces en Francia, al cual viera en su posesion de la Source, no lejos de Orleans. Este Inglés, muy aferrado en sus preocupaciones irreligiosas, llenó por otra parte de genio, de vivacidad y hasta de elocuencia, era un apostol peligroso para un joven, que con iguales talentos, manifestaba mucha tendencia á los mismos errores y á quien alentaban en su libertad de pensamientos los aplausos de sus amigos. Verémosle algunos

años mas tarde, crecer en atrevimiento, despues de estos primeros ensayos, y hacer sucesivamente grandes progresos, tanto por lo que toca á la libertad de su opinion, como á la manifestacion y ardor de propagarla.

## 1724.

—El 7 de marzo, muerte de Inocencio XIII, despues de un pontificado que todavía no duró tres años. En 1723 habia publicado la bula *Apostolici ministerii*, en la cual decidia muchos puntos relativos á la disciplina de las iglesias de España, y prescribia la observancia mas exacta de muchos decretos del concilio de Trento. Muy breve fué el reinado de este Papa. *Supo sin embargo inmortalizarlo*, dice el conde de Albon; *grandes virtudes, asociadas á la ciencia de gobernar, habian hecho á Inocencio XIII un gran príncipe*. Querido de todos los grandes, recibió á la hora de su muerte las pruebas mas evidentes de su viva pesadumbre. El pueblo espresó la suya con sus lágrimas<sup>1</sup>. De la Lande le hace la misma justicia en su *Viage á Italia*. *Inocencio XIII*, dice, *es el mejor de los soberanos de quienes se habla hoy dia*. *Por espacio de muchos años*

<sup>1</sup> *Discurso sobre la Italia*, t. II, p. 234.